



OPINIONES

El narrador oral

En su monumental *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, William Stern afirma que la escritura no es más que otro nombre para la conversación. Siempre se refiere sin duda a la escritura en sus diversas manifestaciones artísticas y no cree que nadie pueda decir que no tiene razón. La relación entre lo hablado y lo escrito puede ser muy profunda y puede también estar llena de influencias y de concesiones mutuas. Y la hoja de papel en la que un autor escribe las frases con que avanza su libro es a la vez depósito y filtro de sus esfuerzos por contar una historia que de otra manera podría perderse para siempre. Se escribe para ser leído, y la mayor prueba de ello es el libro como resultado de ese esfuerzo. Ni siquiera el hecho de permanecer inédito un libro resulta convincente para probarnos lo contrario. No hay libro gratuito por consiguiente. O, para decirlo con otras palabras, ninguna historia se escribe con total desinterés prescindiendo por completo del más mínimo de saberla leída y recordada.

Flaubert, que de todo sabía mucho, describía a los escritores como aves de rapaña o monstruos de egoísmo. Prescindían de todo para escribir un libro y al mismo tiempo se alimentaban de los enores y honores humanos aunque sin compartirlos jamás. Y así podíamos llegar a una diferenciación entre la moral pública y la moral de escritor, cuya identificación con la víctima y el verdugo, a diferencia de lo que normalmente debe ocurrir con un ciudadano común, está basada en la misma empatía o identificación con ambos.

Pero antes que la literatura escrita existió la literatura oral. Según Pappas, pocos momentos han sido tan importantes y deslumbrantes para la sociedad ateniense, primero, y el mundo occidental todo, después, como aquel momento en que se mandó imprimir, es decir, escribir, una *Ilíada* y una *Odisea* que andaban por ahí sueltas en boca de uno cuantos años. Hasta aquel momento, por decirlo de alguna manera, aquellos dos tesoros del mundo helénico eran gratis. Era literatura sin interés por ser recordada en un debido momento de su producción, eran historias conta-

dás, en cuanto tales, sin interés alguno que fuera más allá del momento de su narración. A veces pienso que, al igual que la prostitución, la narración hablada puede ser considerada la actividad más antigua de la humanidad, aunque con la enorme variación de su gratuidad. Pienso que lo que cuenta, al no ser registrado por la escritura, va a ser necesariamente olvidado o alterado hasta convertirse en otro relato, el narrador oral tiene algo de aquella prostituta que, contradiciendo la esencia misma de su oficio, se acostaba por amor o, lo que en este caso excepcional viene a ser lo mismo, que realizaba gratuitamente el acto sexual. Nada de esto impide, por supuesto, que pueda haber y haya narradores orales y escritores que cobren por hacer el amor.

Pero, si se alejase mucho de la comparación que acabo de hacer, señalando al mismo tiempo diferencias esenciales, creo que, como ocurre a menudo en el caso de la prostitución, se puede caer en la narración oral por necesidad o por una suerte de atracción fatal. La vida está llena de maravillosos personajes que no pueden evitar contarnos una historia. Y que la cuentan a diestra y siniestra, con el placer y la ansiedad de la auténtica ninfomanía. Y la vida de Grecia está llena, todavía hoy, de descendientes de aedos. De ellos nos habla Henry Miller en uno de sus libros más hermosos: *El coloso de Marsuppi*. Son hombres que se sientan de espaldas, un gigantesco o muy hermoso paisaje natural y se lanzan simple y llanamente a contar una historia sin principio ni final y sin importarnos que el público haya llegado todo o esté empezando a irse.

Se habla de las prostitutas como de "proclidas". También se perdían los beodos y los jugadores del medioevo en las digresiones que eran el alma de sus monólogos. Y también se pierden los narradores orales de hoy. Se pierden en salones y tabernas y se pierden para la literatura de papel o de su lengua. Y al caer ellos en la atracción fatal de contar historias en vez de escribirlas, al caer en el poco brioso de lanzarlas a los cuatro vientos con el más grande desinterés, también nosotros los pedemec.

Muchos casos he conocido de es-

critores que han sucumbido totalmente a la fatal atracción de contar hablando. Como las prostitutas, no suelen gozar mientras hacen el amor. Y suelen beber copas y dejar la vida en ello y nada detestan más en el mundo que a la gente que los interrumpe con la misma trágica pregunta de siempre: "¿Y por qué no escribes eso, si es genial?". Recuerdo a un inimitable narrador oral mexicano, sin duda el mejor que he escuchado en mi vida, que antes de regresar a su público con una fabulosa y perfecta improvisación, o con variaciones sobre una anterior improvisación, solía anticiparse a cualquier impertinente interrupción: "Bueno"

decía—, "tal como tengo ya escrito en el tercer capítulo del libro que preparo...". Y se lanzaba a contar sin fijarse siquiera por dónde se le estaba yendo su historia.

Dos grandes escritores, mexicano uno y venezolano otro, dejaron de publicar tantos años y se fueron lanzando hasta tal punto por los senderos de la narración oral que no faltó quien les diera copartidas una hora diaria en un canal de televisión. Ahí hablaban. Simplemente contaban historias. Historias que muchas veces habían estado contando desde antes del programa y que seguirían contando después. Uno de ellos era amigo mío, y recuerdo cómo lloraba a veces con la belleza de sus palabras o la emoción de sus historias. Se cansaba, se le pasaba la vida, se le iba la vida tan hablando, en este caso.

Y ahora pienso que hombres como él y como todos aquellos que nos cuentan una historia oralmente, sin principio ni final, sin queremos llevar a ninguna parte, son todo lo contrario del monstruo de egoísmo del que hablaba Flaubert. Son, por decirlo de alguna manera, aquella extrana mezcla de esclava de amor y prostituta redimida que conocemos como narrador oral y que algún día ganará el cielo.

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

El narrador oral [artículo] Alfredo Bryce Echenique.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bryce Echenique, Alfredo, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El narrador oral [artículo] Alfredo Bryce Echenique.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile